

José M. Roca

Ucrania: ¿una guerra tectónica?

Cuando se publiquen estas líneas se habrá cumplido un año de la guerra iniciada con la entrada de tropas rusas en suelo ucraniano. Un conflicto provocado por la agresión de un país grande a un país pequeño, que, por la gran diferencia entre ambos en recursos materiales, militares y humanos, se creyó, sobre todo por parte rusa, que tendría un rápido y victorioso desenlace. La resistencia ucraniana y el apoyo recibido desde Estados Unidos, la OTAN, la Unión Europea y otros países han trastocado esa impresión y la guerra se alarga sin que se atisbe un final cercano.

Una gran parte de los análisis, en particular de la izquierda, tanto antigua o clásica, como de la nueva o postmoderna, sitúa el conflicto en la vieja tensión de la guerra fría entre EEUU y la URSS, ahora recrudescida, o entre Rusia y la amenaza de la OTAN, que es como Putin lo explica.

En este texto, se contempla el conflicto desde la perspectiva de un movimiento tectónico, donde la conjunción de grandes fuerzas no solo económicas, políticas o militares, las más evidentes en una guerra, chocan en este momento en un determinado país, sino que también contribuyen las fuerzas culturales, étnicas, lingüísticas y religiosas allí concentradas. Salvando, claro está, la distancia con los movimientos geológicos, el efecto se podría comparar con el choque de dos placas tectónicas en perpetuo rozamiento, donde a veces la fricción se acentúa y sobreviene el choque violento.

Civilizaciones

En las sociedades humanas, las civilizaciones vienen a cumplir un papel similar al de las placas tectónicas en la geología, pues son el subsuelo de lo que ocurre en la superficie de naciones, estados o imperios. Son el cimiento de lo que ocurre encima; evolucionan lentamente, pero se mueven, aunque no al compás del dinamismo cotidiano de las sociedades, marcado por el comercio, la producción, la ciencia, la técnica, la política o militar, como en este caso. El concepto de civilización indica permanencia, tradición, costumbres asentadas, creencias profundas, lazos de parentesco; etnia, cultura, técnica, lengua, religión como rasgos peculiares, que pueden corresponder a una sola colectividad, a una nación, a un país, un gobierno o a un imperio, o estar repartidos en varios países, con gobiernos diferentes o incluso distintos regímenes políticos. En su origen, ya que son formaciones de larga trayectoria, pueden haber sido determinadas por factores ajenos a la voluntad humana, como el clima, la ubicación geográfica, la abundancia o escasez de agua o la riqueza del suelo y el subsuelo.

En la historia de la humanidad el papel de las civilizaciones es importante. Así lo indica Huntington en *El choque de civilizaciones*, alegato sobre el papel que debe jugar EEUU en el período posterior al ocaso de la URSS: *El tema central de este libro es el hecho de que la cultura y las identidades culturales, que en su nivel más amplio son identidades civilizacionales, están configurando las pautas de cohesión, desintegración y conflicto en el mundo de la postguerra fría (ibid., 20). En el mundo de la postguerra fría, por primera vez en la historia, la política global se ha vuelto multipolar y multicivilizacional (ibid., 21) (...) En el mundo de la postguerra fría las distinciones más importantes entre los pueblos no son ideológicas, políticas ni económicas; son culturales (...) La gente se define desde el punto de vista de la genealogía, la religión, la lengua, la historia, los valo-*

res, costumbres e instituciones. Se identifica con grupos culturales: étnicos, comunidades religiosas, naciones y, en el nivel más alto, civilizaciones. La gente usa la política no solo para promover sus intereses, sino también para definir su identidad. Sabemos quiénes somos solo cuando sabemos quiénes no somos, y con frecuencia solo cuando sabemos contra quiénes estamos (ibid., 22).

En un libro posterior -¿*Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense* (2004)-, el autor, que detecta la decadencia de EEUU, asume la típica posición conservadora (blanca, anglosajona y protestante) y propugna un rearme cultural basado en el vínculo nacional y confesional -patria y religión-, frente a la presión del exterior, en singular, la inmigración procedente del sur ("hispana"), que califica de invasión, sin paliativos.

Dejando aparte, por el momento, la crítica a esta concepción, que parece ignorar, precisamente en nombre de la civilización como sustrato, las consecuencias del Tratado de Guadalupe Hidalgo de 1848, y sin necesidad de compartir el aserto (*ibid.*, 23) de que en la postguerra fría *La rivalidad de las superpotencias queda sustituida por el choque de las civilizaciones*, es necesario admitir el papel jugado por las civilizaciones en el pasado y en la actualidad, a pesar de que su existencia quede con frecuencia oscurecida por la sucesión de acontecimientos en escenarios de menor dimensión y más próximos a la gente, como puedan ser los que afecten a la vida nacional.

Aunque Huntington aporte aspectos válidos al definir las civilizaciones desde un punto de vista histórico, se percibe la insistencia en el papel de la religión y, por el contrario, la ausencia de un elemento decisivo en las sociedades modernas, más aún en el caso de EEUU, que es el económico, cuyo sistema dominante, tanto en su vertiente productiva como distributiva, es el capitalismo; un factor que erosiona las viejas civilizaciones, a las que aspira a reemplazar al convertirse en un modelo de civi-

lización para todo el planeta. Pero sigamos con las definiciones de este autor.

La historia humana es la historia de las civilizaciones. Es imposible pensar la evolución de la humanidad de cualquier otra forma. Su trama se extiende a través de sucesivas generaciones de civilizaciones, desde las antiguas sumeria y egipcia a la clásica y mesoamericana, a la occidental e islámica, y a las manifestaciones de la china e hindú (ibid., 47). Tanto 'civilización' como 'cultura' hacen referencia a la forma global de vida de un pueblo, y una civilización es una cultura con mayúsculas. Ambas contienen valores, normas, instituciones y formas de pensamiento, a las que sucesivas generaciones, dentro de una sociedad dada, han atribuido importancia fundamental (ibid., 49). Sangre, lengua, religión, forma de vida, eran lo que los griegos tenían en común y los distinguía de los persas y otros pueblos no griegos. De todos los elementos objetivos que definen las civilizaciones, el más importante suele ser la religión, como subrayaban los atenienses (ibid., 49).

Huntington atribuye otros rasgos a las civilizaciones: *Las civilizaciones se han identificado estrechamente con las grandes religiones del mundo; y personas que comparten la etnia y la lengua pueden matarse unas a otras porque creen en dioses diferentes (...) Civilización y raza no son lo mismo. Personas de la misma raza pueden estar profundamente divididas por la civilización; personas de diferentes razas pueden estar unidas por la civilización (...) Las distinciones cruciales en los grupos humanos atañen a sus valores, creencias, instituciones y estructuras sociales, no a su talla física, la forma de su cabeza o el color de su piel (ibid., 50) (...) Las civilizaciones son mortales, pero también muy longevas; evolucionan, se adaptan y son las asociaciones humanas más perdurables (...) Los imperios crecen y se derrumban, los gobiernos vienen y se van, las civilizaciones permanecen y sobreviven a las convulsiones políticas, sociales, económicas e, incluso, ideológicas (ibid., 51). Prácti-*

camente, todas las grandes civilizaciones del mundo en el siglo XX, o han existido durante un milenio o, como ocurre con Latinoamérica, son el vástago directo de otra civilización longeva (ibid., 52), aunque en el último caso se puede objetar la existencia de una sola civilización en América Latina. Y de nuevo aquí se nota la ausencia de un elemento tan característico del siglo XX como es el factor productivo, pero sigamos.

Hay que señalar otro rasgo importante: que las civilizaciones son realidades culturales, no sujetos políticos que puedan decidir sobre unos u otros aspectos de la vida colectiva, aunque la influyan, y como tales *no mantienen el orden, ni imparten justicia, ni recaudan impuestos ni sostienen guerras, tampoco negocian tratados, ni las demás cosas que hacen los organismos estatales (ibid., 52)*. Lo cual no excluye que existan proyectos políticos basados en la defensa de una determinada civilización. Y uno de estos casos sería el del capitalismo como modelo de civilización con proyección universal, impulsado por Estado Unidos.

Europa: ¿una o varias civilizaciones?

La guerra de Ucrania se libra en suelo europeo; es, por tanto, un asunto europeo, un problema europeo, no solo por la ubicación geográfica, sino por los intereses y valores que están en juego en una zona precisa, sometida a la influencia de varias culturas, en un continente que también lo está.

El desenlace de la II Guerra Mundial dividió Europa en dos bloques políticos, militares, económicos e ideológicos: el occidental, capitalista, con economía de mercado y régimen pluripartidista, bajo hegemonía de Estados Unidos, y el bloque oriental, socialista, de economía planificada y partido único, bajo la égida de la URSS, dicho de modo rápido y con pocos matices. Pero esta división no suprimía las culturas preexistentes en Europa, a pesar de los intentos, en algún caso brutales para lograrlo, ni conseguía borrar del todo los rasgos de las viejas civilizaciones que habían configurado el

continente, aunque sí atenuarlos sobreponiendo elementos nuevos a las viejas formas y contenidos.

Es frecuente tener en cuenta solo dos poderosas influencias culturales de origen religioso, que coinciden, más o menos, con dicho reparto político, que son, en la parte oriental, la herencia bizantina del Imperio romano de Oriente, representada por la religión ortodoxa y el alfabeto cirílico, y en la parte occidental, la herencia greco-romana, con el alfabeto y la lengua latina, representada por la Iglesia católica. Pero hay que incluir, al menos, otras dos corrientes étnicas y culturales que han afectado, desde el norte y desde el sur, a los grupos humanos europeos divididos por el eje oriental y occidental. Por el norte, los pueblos escandinavos, sobre todo varegos (o vikingos) que, por el lado oriental, penetraron en lo que hoy es Rusia y se dirigieron hacia el sur, fundando la Rus de Kiev, hoy en Ucrania, que Putin reclama como origen del imperio ruso. Y en el lado occidental, el descenso desde Escandinavia y Dinamarca hacia Inglaterra y el continente, empujando a los pueblos germánicos hacia el sur. Por el Mediterráneo, desde África y el cercano Oriente, llegaron las invasiones musulmanas de árabes y bereberes, por el lado occidental, y de otomanos por el lado oriental. En el lado occidental, más diverso y políticamente fragmentado, hay que incluir la influencia germánica y anglosajona, y en el lado oriental, la invasión de pueblos asiáticos, como los hunos, los mongoles o los tártaros.

A pesar de estos matices, la configuración es compleja, pues como resultado de una historia larga y agitada Europa ha tenido numerosos cambios de fronteras, que han dejado casos de frecuente fricción, no siempre bien resueltos desde el punto de vista político, casi como rincones y encrucijadas de la historia, como son los Balcanes, Ucrania o los países del centro de Europa, resultado de la descomposición de los grandes imperios en la I Guerra Mundial, sobre los cuales existe el peligro o,

también la comodidad, de verlos tópicamente, como en una atrasada fotografía, sin percibir su evolución.

Veiga (1995, 18) lo señala para los países occidentales: *En un sentido o en otro, los Balcanes han evolucionado. Pero desde Europa occidental, se les sigue intentando entender a partir de un prisma básicamente decimonónico. Pero también la ciudadanía de esos países ha padecido una distorsión historicista. Desaparecidos esos regímenes, las sociedades balcánicas, como cualquiera otra en transición sin claras alternativas de futuro, y generalmente estimuladas en el recurso a ese mecanismo por los nuevos dirigentes, han buscado las respuestas y mecanismos del presente en la propia historia (...) Rumanos, búlgaros, serbios, croatas y, en menor medida, albaneses, han ajustado sus relojes a la hora de 1940, antes de que el diluvio de la guerra arrasara, dando origen a un nuevo camino que terminó cincuenta años más tarde. Algo similar pasó al comienzo de la transición española. Pero esa práctica es tan placentera como irreal: presupone que los pueblos viven aislados en un caparazón, por otra parte, inexistente. Y el hecho es que, si los rencores balcánicos son capaces de aflorar con la virulencia de hace cincuenta años, el mundo ya no es el mismo. Eso quiere decir que los Balcanes de los años noventa ya no son los de la primera década del siglo XX, ni tampoco sus vecinos poseen la misma identidad de entonces. Pero, ante todo, la transformación política, económica y tecnológica del mundo ha sido total. En tal sentido, los Balcanes no tienen ya la función geoestratégica de entonces, ni son tan apetecibles para unos imperios que los envolvían y que ya han desaparecido (Veiga, 1995, 17). (...) En cierta manera, los Balcanes (y buena parte de Europa oriental en su conjunto) han sido a Europa lo que Latinoamérica a EEUU: un patio trasero explotado, cuando no abandonado, y por ello generador de crisis resueltas sin muchos miramientos (ibid., 19) (...) En cualquier caso, debería*

quedar claro que los desastres balcánicos no son forzosamente inherentes a sus culturas o a una peculiar estructura psicogenética o tribal inexistente. En realidad, la situación debe contemplarse hasta cierto punto a la inversa: en Europa del Este los pueblos están más acostumbrados a la convivencia de lo que se suele creer. Hablar de “odio” en abstracto, como un fenómeno capaz de movilizar por sí mismo a grandes multitudes y lanzarlas a la guerra, resulta claramente insuficiente (*ibid.*, 19).

Otro caso de estos rincones de Europa sometidos a fuerzas contrapuestas lo forma el conjunto de países centroeuropeos (Checoslovaquia, Hungría, Polonia) citados por Kundera en un artículo de 1983, *Un occidente secuestrado o la tragedia de Europa central*, reeditado en fecha reciente.

Es un grupo de países que ha tenido un curso azaroso, en particular el suyo, Checoslovaquia, en el que ve resumida la historia de Europa en el siglo XX: *Las peregrinaciones de este pueblo entre democracia, yugo fascista, estalinismo y socialismo (historia agravada por un entorno étnico muy complicado) reproducen todos los elementos capitales de la historia del siglo XX* (Kundera, 2023, 32). Es un grupo de países plenamente inmerso en la cultura occidental, dentro de una Europa dividida en dos partes.

La Europa geográfica (la que va desde el Atlántico hasta los Urales) siempre estuvo dividida en dos mitades: una vinculada a la antigua Roma y a la Iglesia católica (seña particular: alfabeto latino), y la otra anclada en Bizancio y en la Iglesia ortodoxa (seña particular: alfabeto cirílico). Después de 1945, la frontera entre esas dos Europa se desplazó unos pocos cientos de kilómetros hacia el Oeste, y algunas naciones que siempre se habían considerado occidentales se despertaron un buen día y constataron que se encontraban en el Este. Como resultado, después de la guerra se formaron tres situaciones fundamentales en Europa: la de Europa occidental, la de Europa oriental y la de esa parte de Euro-

pa situada geográficamente en el centro, culturalmente en el Oeste y políticamente en el Este, la más complicada de las tres (ibid., 43). Y alude al papel que podían representar culturalmente estos países en esta Europa escindida. Europa central quería ser la imagen condensada de Europa y de su variada riqueza, una pequeña Europa archieuropea, modelo en miniatura de la Europa de las naciones concebida en esta regla: la máxima diversidad en el mínimo espacio. ¿Cómo podía no horrorizarle Rusia, que, frente a ella, se basaba en la regla contraria: la de la mínima diversidad en el máximo espacio? En efecto, nada podía ser más ajeno a Europa central y a su pasión por la diversidad que la uniforme, uniformadora y centralizadora Rusia, que transformaba con temible determinación todas las naciones de su imperio (ucranianos, bielorrusos, armenios, letones, lituanos, etc) en un solo pueblo ruso (o, como se prefiere decir hoy, en la época de la mistificación general del vocabulario, en un solo pueblo soviético). Dicho esto, ¿es el comunismo la negación de la historia rusa, o más bien es su culminación? Sin duda alguna, es a la vez su negación (negación de su religiosidad, por ejemplo) y su culminación (culminación de sus tendencias centralizadoras y de sus sueños imperiales) (ibid., 50).

Desde 1945, ese grupo de países centroeuropeos había caído bajo la férula soviética, con acuerdo de Occidente, que parecía haber renunciado a ellos y resignado a que fueran engullidos, no por Rusia, como antaño, sino por la URSS, ya que, según Kundera, Rusia también se hallaba en una situación similar de pérdida de identidad bajo la influencia del comunismo, del que el pueblo ruso había sido la primera víctima. *Ciertamente, la lengua rusa asfixia las lenguas de las otras naciones del Imperio; pero no es porque los rusos quieran rusificar a los demás, es porque la burocracia soviética, profundamente anacional, contra-nacional, supranacional, necesita un instrumento técnico para unificar su Es-*

tado (Kundera, 2003, 49). Pero el autor no se declara antirruso. *Antiguas y lejanas raíces unen a Rusia con nosotros. Durante todo el siglo XIX, Rusia se fue acercando a Europa. La fascinación era recíproca. Rilke afirmaba que Rusia era su patria espiritual, y nadie escapó a la fuerza de la gran novela rusa, que sigue siendo inseparable de la cultura europea (...)* Pero no es menos cierto que el comunismo ruso reavivó vigorosamente las viejas obsesiones antioccidentales de Rusia y la arrancó brutalmente de la historia occidental. Quiero recalcar una vez más esto: es en la frontera oriental de Occidente donde, más que en ninguna otra parte, se percibe a Rusia como un anti-Occidente; en esa frontera, Rusia no solo aparece como una potencia europea entre otras, sino también como una civilización particular, como otra civilización (ibid., 53).

Ucrania

Ucrania, escenario de la guerra, es otro de estos rincones con tensiones internas fruto de una relación larga y compleja con Rusia y con la URSS, de la que ha recibido halagos y maltrato, según el momento.

Para Huntington (Huntington, ibid., 221) *Ucrania es un país escindido con dos culturas distintas. La línea de fractura entre la civilización occidental y la ortodoxa pasa por su mismo centro desde hace siglos. En determinados momentos del pasado, Ucrania occidental formó parte de Polonia, de Lituania y del imperio austrohúngaro. Muchos de sus habitantes han sido adeptos a la Iglesia uniata, que practica ritos ortodoxos, pero reconoce la autoridad del Papa. Históricamente, los ucranianos occidentales han hablado ucraniano y han sido intensamente nacionalistas en sus opiniones. La población de Ucrania oriental, en cambio, ha sido mayoritariamente ortodoxa y, en gran parte, ha hablado ruso. Los rusos constituyen el 22% de la población total de Ucrania (ibid., 221).*

Todd (2003, 149) es más preciso y añade aspectos curiosos: *El caso de Ucrania, con*

sus tres subpoblaciones -ucraniana uniata al Oeste, ucraniana ortodoxa en el centro y rusa al Oeste- es más complejo. La posibilidad de una secesión definitiva era realista. Pero probablemente Huntington tiene razón cuando afirma, en contra de Brzezinski, que Ucrania está llamada a volver a la órbita rusa. Sin embargo, no se puede aceptar su simplista interpretación religiosa del fenómeno. La dependencia de Ucrania respecto a Rusia resulta de permanencias históricas mucho más densas y sutiles. Desde el punto de vista de Ucrania, la innovación siempre ha llegado de Rusia. La revolución bolchevique nació en Rusia y, más en particular, en su parte históricamente dominante, un vasto espacio alrededor del eje Moscú-San Petersburgo. Allí nació el Estado ruso; de allí partieron todas las corrientes modernizadoras desde el siglo XVI al XX. Y allí tuvo lugar la ruptura liberal de los años noventa. El derrocamiento del comunismo y la ola reformista que le sucedió nacieron en Moscú y fueron vehiculados por la lengua rusa (...) Ucrania es, histórica y sociológicamente, una zona mal estructurada, difusa, que nunca ha estado detrás de un fenómeno importante de modernización. (...) Esencialmente, es la periferia rusa, sometida a los impulsos del centro y siempre caracterizada por su conservadurismo: antibolchevique y antisemita en 1917-1918, y más anclada en el estalinismo que Rusia desde 1990. Los occidentales, engañados por su posición geográfica al Oeste y la presencia de una gran minoría religiosa uniata cercana al catolicismo, no entendieron que Ucrania, al declarar su independencia, se aislaba de la revolución democrática moscovita y petersburguesa, por mucho que de esa forma se pusiese en situación de obtener créditos occidentales (...) En Ucrania existe la distinción cultural suficiente respecto a Rusia para que esta república se autodefina como específica. Pero carente de una dinámica propia, Ucrania solo puede escapar de Rusia pasando a la órbita de otra potencia.

Y con esta aseveración, hemos llegado al conflicto bélico iniciado hace un año. Desde hace un tiempo, Ucrania parece decidida a alejarse de la influencia de Rusia, que, desde 2014, no está dispuesta a facilitarle la fuga, es más, la guerra muestra que la intención de retenerla por la fuerza a costa incluso de destruirla. Por otra parte, ¿qué costes puede tener para la "potencia" que la acoga? Que, tal como están las cosas, Ucrania no pasaría a la "órbita" de otra "potencia", sino de un bloque económico y militar, aunque formalmente no figurase como un miembro adherido a la OTAN.

La decisión de los ucranianos de resistirse a la apetencia de Rusia ha hecho más compleja la situación y la salida al conflicto, pues una guerra larga aumenta la destrucción y el número de víctimas y hace más difícil llegar a un acuerdo. Por otra parte, no se conoce el último objetivo de Putin, ni si se conformaría con retener solo las pro-

vincias del Este del país o si aspira a conquistar toda Ucrania. Pero el gobierno de Zelenski desea conservar la integridad territorial y además mantenerla fuera de la órbita de Rusia.

La implicación de Estados Unidos, la Unión Europea, de la OTAN y otros países revela el apoyo de Occidente a la causa ucraniana, pero, por el momento, la guerra está localizada en un territorio concreto. Aunque persiste el riesgo de un choque tectónico, en una guerra larga las dos partes van a jugar la baza de intentar doblegar la resistencia del contrario, de lo cual puede resultar una fatiga compartida y la opción de una salida negociada que sea insatisfactoria para las dos partes. Sobre todo, para la potencia agresora y en particular para Putin, cuyo futuro (y el de su camarilla) parece ligado al desenlace de la guerra.

Bibliografía

- Chomsky, N. (2003): *Hegemonía o supervivencia. La estrategia imperialista de Estados Unidos*, Barcelona, Ediciones B, 2005.
- Chomski, N. (2022): *Por qué Ucrania*, Madrid, Altamarea Editores.
- Huntington, S. P. (1993): *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Paidós, 2007.
- Kapuscinski, R.: "Un mundo, dos civilizaciones", *El País*, 24/2/2002, p. 18.
- Kundera, M. (1983): *Un occidente secuestrado. La tragedia de Europa central*, Barcelona, Tusquets, 2023.
- Todd, E. (2003): *Después del imperio. Ensayo sobre la descomposición del sistema norteamericano*, Madrid, Foca.
- Veiga, F. (1995): *La trampa balcánica. Una crisis europea de fin de siglo*, Barcelona, Grijalbo.
- Zakaria, F. (2008): *El mundo después de USA*, Madrid, Espasa Calpe, 2009.